

LA GRAN ARMADA DE 1588 Y LA GUERRA EN LA MAR

Gumersindo ARROYO QUIÑONES
Coronel de Infantería DEM del Ejército de Tierra

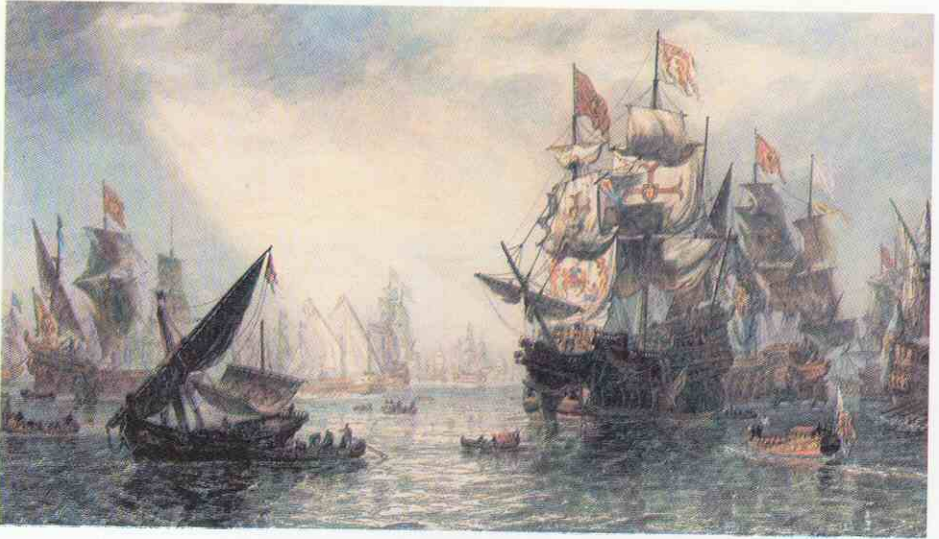
Obsesión secular



ESPUÉS de las declaraciones formuladas con motivo del IV Centenario de la «Armada Invencible», celebrado con profusión de actos en Inglaterra de los que sólo el eco llegaba hasta nosotros por boca de los corresponsales de prensa, parecía que había de cesar la virulencia con que la *leyenda negra* era utilizada para fustigar la España de Felipe II, ¡el diablo del mediodía! Habíamos entrado en democracia y se imponía la paz; los portalones de Europa se abrían de par en par para una España vergonzante y acomplejada por la decepcionante derrota de nuestra flamante Armada, que, junto a la Santa Inquisición, se convirtieron en los dos puntales que servían de ariete en el odio que se esgrimía contra nuestra tradición católica por los países que el huracán de la Reforma Protestante había arrancado a la obediencia de Roma. La síntesis contemporizadora que de aquel encuentro nos ofrecían los ingleses, cual abrazo fraterno, a través de los medios de comunicación social, no podía ser más escueta: no se libró ninguna batalla; los temporales habían dispersado las dos escuadras.

Desde el punto de vista militar, incluso para los legos en táctica naval, de aquella incursión hispana era fácil deducir bastantes más consecuencias, como ya hice en el artículo aparecido en el número de noviembre del pasado año 2001 de esta misma REVISTA, y a ella remito a los que quieran enterarse del sucinto planteamiento elemental que, a bote pronto, de la expedición armada de nuestra flota se le ocurre a cualquiera que se deje llevar de la lógica.

Pero aquellas declaraciones del centenario carecían de consistencia y quedaron en nada, para que el rescoldo del resentimiento atizado por el sectarismo religioso, fuere desarraigado con simples propósitos de la política oportunista y desapareciera tan fácilmente de las páginas de una historia que se había amasado con el fermento de los jirones arrancados al Imperio español a través de los siglos. La muestra de que así era en efecto surgió, como no podía ser de otra forma, por medio del portavoz de todas las novedades, la televisión, en uno de sus programas documentales, «La guerra del oro», a altas



La Gran Armada parte de La Coruña (22 de julio de 1588). Grabado inglés de David Law; según dibujo de Oswald W. Brierly (siglo XIX). (Museo Naval, Madrid).

horas de la madrugada del día de Reyes de 2002: «... la Armada Invencible fue derrotada por los ingleses»; es el disco rayado de una obsesión secular sin precedentes en las crónicas militares de todos los tiempos. Entre los presentadores, británicos, doblados en español, aparecía un clérigo, docto, ponderado y bonachón, vestido de riguroso y elegante traje talar, para hacer más digerible las supercherías vertidas contra nuestra Patria.

Hay que reconocer, indudablemente, que el prestigio acumulado por Inglaterra durante centurias gracias a los efectos de tal infundio no era para ser arrojado alegremente por la borda. Por otra parte, los autores siguen certificando además la evidencia sobre la que apoyar el éxito alcanzado por la victoria de que se presume: la flota inglesa era muy superior a la hispana en cuanto a número de barcos, 200 contra escasos 130 españoles, con la particularidad de que los navíos británicos eran mucho más ligeros y disfrutaban del apoyo que le brindaba la proximidad de sus islas.

Mas en toda esta presentación que se hace al comparar volumen de las flotas y características surge, inmediatamente, la pregunta que decide la valoración de ambas armadas al no haberse empeñado en una gran batalla: ¿qué le pasaba a la inglesa que le impidiese lanzarse al abordaje y destrucción de la flota adversaria a las mismas puertas de la patria amenazada? Tras la secular parafernalia levantada por la *leyenda negra*, amasada en inglés pero con productos averiados, en principio, hay que acudir al refranero para encontrar la respuesta: «Dime de qué presumes y te diré lo que te falta», o la del chiste

en que el terrible presidente del tribunal para ingreso en la Escuela Naval pone a prueba la personalidad del aspirante: «Un submarino enemigo, a 1.000 metros del navío que usted manda, le ha lanzado un torpedo que avanza rápido hacia el blanco, ¿cuál es su decisión?», ante el lógico anonadamiento del aspirante, el presidente insiste: «¡Está a 100 metros!», el pasmo del pobre opositor sube de tono y el presidente reitera amenazador: «¡está a 50 metros!»; el aspirante, en el colmo del atolondramiento, lanza un bufido, hace un gesto con el brazo como dando un pase con muleta torera y grita: «¡Ya pasó!» Ni más ni menos, se podía calificar así la actitud de la Armada británica a cuatrocientos años vista de aquel evento. Nada de extraño tiene, por otra parte, que sucediese de este modo; si el que mandaba la flota inglesa era Howard, quien la dirigía era Drake, del que los autores británicos Parker y Colin, como trascibo en el referido número de esta REVISTA GENERAL DE MARINA, nos cuentan el odio que sentía hacia los españoles por los desastres con que habían diezmado su flota pirata y a cuyas manos habían de perecer tanto él como su compañero y sobrino Howkins, de lo que se originó el temor que le inspiraba la Armada española y siempre la rehuía para atacar indefensas poblaciones del litoral, como corresponde a vulgares bandidos.



Sir William Cecil.

El juicio de la Historia

Naturalmente, los británicos tienen su coartada en Gravelinas. A ese respecto, lo que dicen Parker y Colin en el citado número de esta REVISTA son puntos que se anotan en su haber: «La decisión se produjo en Calais. Drake envió contra la Armada ocho barcos en llamas... Mientras se reagrupaba en Gravelinas, los ingleses se volcaron furiosamente sobre ella con todo su poder artillero, hasta quedar sin municiones. Los buques españoles, preparados para lanzar una andanada y pasar al abordaje, no lograban amarrar a sus ágiles enemigos y se defendieron muy mal. Ésta fue la gran batalla que, en definitiva, no resultó gran cosa. Los españoles tuvieron entre medio y un millar de

mueritos, y los ingleses quizá un centenar, y sólo un barco español fue echado a pique...». Con similares palabras, algo así fue lo que se rememoró con motivo de aquel pasado cuarto centenario.

Con mayor detalle relata el encuentro de Gravelinas Casado Soto, en su libro *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588* (Editorial San Martín, S. L. Madrid-España, 1988. Págs. 232 y ss.), al que vamos a seguir refiriéndonos, y en el que describe cómo perdió la vida heroicamente en este combate el capitán de navío Hugo de Moncada, atacado su barco por el almirante inglés con toda su escuadra de más de 25 buques.

El domingo (7 de agosto), estando las dos armadas fondeadas a la vista frente a Calais, la escuadra de Seymour, de unos 35 barcos, maniobra y se une al grueso de la Armada británica que manda Howard, el «medinasidonia» inglés.

En esta ocasión es cuando, no sabiendo los ingleses cómo hacer frente a la amenazadora potencia de la Gran Armada que les hacía descartar cualquier posibilidad de ataque frontal sin exponer gravemente su integridad, celebraron consejo y recurrieron a la argucia de cargar sobre el centro español después de que, a medianoche, enfilaran sobre él ocho de sus barcos más castigados por los combates, en forma de antorchas flotantes y repletos de explosivos, aprovechando el fuerte viento sur y las más fuertes corrientes.

Para los navíos hispanos afectados no hubo problemas, levaron anclas y fondearon más lejos, pero alguno de sus barcos derivaron peligrosamente hacia los bancos de Gravelinas, en donde, ya de día, mientras maniobraban, fueron cañoneados por los ingleses con todos sus efectivos.

En su lento y arriesgado deslizamiento, aquella parte de la Armada embes-tida libró un encarnizado combate durante cuatro horas en que los hombres de Drake se vieron defraudados por la normal y brutal reacción española y, ya totalmente desmantelados, tuvieron la fortuna de poder darse a la fuga con el cambio de viento y escapar así, recuperada la imponente formación de la Gran Armada, a la trampa mortal en que estuvo a punto de convertirse la alegre precipitación con que se había lanzado la flota inglesa sobre los hispanos afectados por las corrientes.

Cabría concretar de esa forma el esquema de la victoria de que vienen vanagloriándose los ingleses cual tradición gloriosa. No obstante y para que sirva de contraste y juez ecuánime de los sucesos de Gravelinas, recurrimos a la objetividad de un autor ajeno totalmente a aquel enfrentamiento, el agua-fiestas francés Forneron: «Forneron (en su *Felipe II*, lib. I, cap. I), corifeo de los difamadores franceses de este rey, cuyo libro, desde las primeras palabras hasta los apéndices, con alarde de erudición, es un libelo oprobioso de difamación, lleno de falsedades, mentiras y mala fe, para sostener su opinión de que Felipe se crió en una Corte triste y tétrica, cita unas palabras del P. Flórez, en que dice que “la Reina era devota y rezaba con sus hijos...”» (Menéndez Pidal. *Historia de España*. Tomo XIX-I. Pág. 57).

Pues bien, este Forneron, que no se priva de zaherir a Felipe II, pone el dedo en la llaga y no tiene pelos en la lengua para cantar a sus amigos los ingleses las verdades de Gravelinas. Es de Menéndez Pidal, también, de quien recogemos la cita:

«Dice Fornaron, bien documentado y nada sospechoso de parcialidad hacia España, que si aquel día Alejandro Farnesio, con sus lanchas carcomidas, hubiera pasado el estrecho, hubiera podido sin dificultad penetrar en Inglaterra. La escuadra inglesa no estaba en disposición de moverse: sus marinos habían luchado diez días sin tregua con pescado podrido, cerveza pasada, harinas averiadas, y estaban acometidos de una epidemia que los mataba. Su nave *Isabel Jonás* perdió en la lucha 200 hombres, la de Roger Townsend quedó reducida a un solo hombre, y las demás no podían reunir hombres suficientes para maniobrar y levar anclas.»

«Se diría que Felipe II tuvo visión telepática de esto, pues pocos días antes mandó a Farnesio la orden de pasar el estrecho a todo evento.» (R. M. Pidal. O. c. Tomo XIX-II. Pág. 463).

Alejandro Farnesio, jefe de la operación conjunta, no cumplió las órdenes de Felipe II, por la sencilla razón de que consideraba una locura improvisar una operación de aquella envergadura y a la que él, con mucha anterioridad, había previsto y propuesto la preparación que las condiciones imperiosas del momento exigían.

Gobernador de los Países Bajos, Farnesio, hijo de Octavio Farnesio y Margarita de Parma, hermana de Felipe II, nombrado como jefe de dicha operación conjunta, desde el momento en que los Tercios embarcaron en los buques, había recomendado, y le habían denegado, la conquista del puerto de Flesinga; pero si, con la independencia que le daba la lejanía de España, hubiera tomado la iniciativa de ocuparlo, la historia de la humanidad se habría escrito de muy distinta manera:

«Farnesio dedicó el año 1588 a juntar un poderoso ejército que mandar a la empresa de Inglaterra y había aconsejado al rey liquidar antes, definitivamente, todo resto de rebelión en Flandes. También argumentaba que, excepto el puerto de Flesinga —en manos rebeldes y en virtud de su acuerdo con la reina



Alejandro Farnesio.



El *Ark Royal*, buque insignia inglés.

a disposición de los ingleses—, no había otro puerto en Flandes capaz de acoger a los barcos de la envergadura de los que habían de venir de España, y que el clima de la región aconsejaba poder abrigar la armada en un buen puerto. Proféticas resultarían las palabras de Alejandro en carta al monarca español: “Se había de ponderar con atención que el mar británico estaba sujeto a feas y horrendas tempestades, y era insidioso por los bajíos; y así que sería temeridad exponer a estos riesgos a la Armada Española si primero no se le determinaba la acogida a algún puerto contra los fracasos del mar”. A tal efecto se ofreció el duque de Parma a sitiar y tomar el puerto de Flesinga, campaña que, con la protección de bajeles españoles, se prometía más corta y menos costosa que la de la Esclusa.

La decisión de Felipe II estaba ya tomada y fueron desoídos los consejos de Alejandro Farnesio. Disciplinado, el duque de Parma se aprestó al apoyo de la campaña contra Inglaterra». (Juan Jiménez Martín. *Tercios de Flandes*. Ediciones Falcata Ibérica, 1.ª edición, enero de 1999, Madrid. Pág. 197).

Nada puede objetarse, en consecuencia, a la actitud del de Parma, en la que al mal tiempo reinante había que unir el desconocimiento de la situación de Justino de Nassau, que mandaba la flota holandesa y había desaparecido del entorno, no se sabe si para dar la sorpresa o atacado del mismo mal de los ingleses: el miedo a la furia de los españoles. Sí hay que censurar como jefe

militar a Alejandro Farnesio, la faceta negativa de no adoptar medida tan elemental como la conquista del puerto de Flesinga, ya que en aquellas circunstancias en que se encontraba de gobernador, jefe de los Tercios, y la ascendencia que tenía en la Corte por su parentesco con Felipe II, esa medida, de importancia trascendental para el cumplimiento de la misión impuesta, deja muy mal parado su prestigio militar, lo que hace que, independientemente del trágico regreso de la Gran Armada navegando impávida a través de un Atlántico desquiciado por un feroz temporal, haya que achacarle ser el culpable de la ocasión que perdieron los siglos de eliminar de la faz de la tierra el sectarismo político y religioso de la «Gran Banca Internacional» —que tiene atormentado el mundo—, en el preciso instante que se iniciaba el proceso para la creación de la City como centro de la economía mundial e Inglaterra caía bajo su órbita perdiendo su soberanía y convirtiéndose en la primera nación satélite en el orden político militar.

La trascendencia del miedo inglés en la guerra en la mar

Existe en el relato de Parker y Colin (ver el mencionado número de la REVISTA GENERAL DE MARINA) una anotación que, de ser escrita como baldón para los españoles, se revuelve como agudo ariete contra los mismos ingleses: «Más que una derrota, la expedición de la Gran Armada fue un gran fracaso, semejante al de Carlos I en Argel, 47 años antes. Pero tuvo consecuencias importantes: fue un golpe muy duro al prestigio español e inauguró la era de los combates navales a base de cañoneo en lugar de abordaje.»

Dado el odio a los hispanos y sus causas, del que esos autores nos hablan, y el temor que, por lo mismo, demuestra Drake en no arriesgarse audazmente a presentar batalla en esta empresa vital para Inglaterra, la conclusión es inmediata y cae por su propio peso: el prestigio español con la Gran Armada impuso el cambio de táctica en la guerra en la mar ante el miedo de los británicos y la cobardía de sus mandos.

Escarmiento como el de Gravelinas, que sin recato describe Forneron, sirvió para recordar a los ingleses cómo se las gastaban los marinos de España, con abordaje o sin él. En el fondo, lo que sentían aquellos hombres era un profundo respeto a los españoles no exento de admiración, como vamos a ver a continuación, no en balde, el buen trato que dedicaba Drake a los oficiales hispanos caídos en sus manos, del que nos habla Pierre de Bourdeille, Seigneur de Brantôme, en *Gentilezas y bravuconadas de los españoles*, y su traductor, Juan Quiroga, en las notas a pie de página; visto en mi referido artículo anterior, eran las sofisticadas formas arbitradas para la puesta al día que necesitaban en el «saber estar», de que, con el tiempo, van a hacer alarde los marinos de Inglaterra, e imitaron de aquellos señores de la mar hispanos.



Retrato del famoso pirata inglés Francis Drake.

Es con la arribada de la flota española a los mares ingleses cuando la característica admirativa, mezcla de religioso temor y reconocimiento de la superioridad, va a adquirir toda su fuerza expresiva. Los detalles que se recogen en las observaciones que hace Casado Soto, en su ya mencionado libro, no tienen desperdicio: «El primero de agosto adoptó la Gran Armada la imponente formación, con gran concentración de fuerza en la retaguardia, que tanto maravilló a los ingleses por la disciplina y buen gobierno con que se mantuvo en orden durante todo el paso del canal...» (pág. 233).

Para que no queden dudas del desenlace de Gravelinas, y, al mismo tiempo, sirva para explicar las razones que indujeron al ingenioso primer ministro inglés Burghley a inventar el mote de la Invencible «para escarnio de los españoles y hacer más sangriento su desastre», como nos cuenta el *Seigneur de Brantôme*; es Casado Soto el que nos las da: «... a la vez que ponía a los ingleses en riesgo de abordarse entre sí. Cuando éstos lograron organizarse, la Gran Armada había recuperado su imponente formación elástica y se aprestaba de nuevo desafiante al combate. Los ingleses se cuidaron de atacar, por su propia escasez de munición y por el temor que les infundía la potencia de la Gran Armada, cuyos barcos ponderó con respeto el almirante inglés en carta que enviaba a Londres aquella misma noche...» (pág. 236).

Esta conducta en los combates, de auténtica trascendencia en la guerra en la mar, será la seguida por la flota inglesa en el curso del desfile de la Gran Armada por el litoral británico. Y es curioso que sea Bertendona, el comandante de la flota española de Italia, el que comenta «atemorizado» —según nos deleita el *Seigneur de Brantôme*: «Los ingleses tienen barcos mucho más rápidos que los nuestros, y cañones de mayor alcance. Jamás se nos acercarán, sino que permanecerán lejos y nos harán pedazos con sus culebrinas. Navegamos... en la confiada espera de un milagro»— que, acometiendo a la capitana enemiga, mientras venían en su auxilio, huyeron todos, escapando de los españoles a todo trapo.

La consecuencia que se deduce de tan singular y generalizado comportamiento de aquellos anglos y sajones isleños es considerarlo normal y más en unas circunstancias tan extremas, por la sencilla razón de que el núcleo de su

flota estaba formado por los barcos de Drake con sus dotaciones de filibusteros, dedicados a saquear, siempre que podían, las posesiones del Imperio español del que estaban acostumbrados a salir en precipitada fuga en cuanto divisaban en el horizonte la silueta de cualquier navío hispano, so pena de exponerse a la destrucción y a la horca. Así fue el siniestro arranque inicial de la Armada británica engendrada y alimentada por todos los piratas de que habla la historia, baldón de Inglaterra y ejército, cuya tradición tiene abochornada a la sociedad inglesa, a pesar del ingenuo invento de la *leyenda negra*, «estúpido velo» con que aún se pretende ocultar una verdad que emerge cada vez con más fuerza entre los pueblos civilizados. Va siendo hora, por tanto, de que empiecen a inventarse otro cuento con que distraer a los ignorantes del mundo.

Hasta el último momento, cuando la Gran Armada decidió dar por finalizada aquella magna empresa para el desembarco en Inglaterra, en que la falta de puerto en que poder acogerse convirtió en grandiosa y heroica gesta cuyo abandono en modo alguno puede imputársele, su espíritu ofensivo siempre tuvo a raya a la flota enemiga, que inauguró, con el pavor que tenía a los hispanos, una nueva era en la táctica naval.

